La "Otra" mujer o la mujer como una amenaza: una breve introducción

Hammam Al-Rifai

Como la tierra colonizada misma que es representada unas veces como una seductora virgen y otras como una mujer impulsiva y amenazante, con frecuencia las mujeres nativas son construidas como un peligro eminente para el descubridor europeo en el discurso colonial. Peter Hulme, por ejemplo, identifica la edificación de dos retratos sexualizados del continente americano: una sumisa, que a la vez excita la tentación, y otra amazónica, casi de tintes masculinos y autosuficientes [Hulme, 1985:17]. La imagen de la "Otra" femenina, la mujer como amenaza es un tema recurrente en toda la literatura colonial. A rasgos generales, las mujeres nativas caían en dos categorías que son interconectadas y hasta intercambiables. Por un lado son pasivas, infantiles y con necesidad de una autoridad, mientras que por otro lado son un peligro para la sociedad: irracionales, emocionales, perversas, malditas e impredecibles [Carr, 1985:50].

Estas imágenes contradictorias y paradójicamente complementarias se derivan de la integración de los estereotipos raciales y sexistas y relacionadas con las supuestas características de la tierra conquistada. Busia observa que la naturaleza vaga de la tierra colonizada con su riqueza y fecundidad inmensas y difíciles de controlar impresionó a los colonizadores europeos, especialmente a los hombres que se dejaban llevar por estas tentaciones. Tales tentaciones fueron consideradas como un punto de debilidad que causaba el rechazo social y la autodestrucción para los tentados. Así la complejidad de la respuesta imperial a la presencia inquietante de las mujeres africanas en el corazón del proyecto colonialista puede ser entendida como una consecuencia de la sexualización del continente africano como un espacio imaginario construido por el discurso colonial [Busia, 1986:364]. La mujer nativa es muchas veces representada como seductora y peligrosa. Podría acabar con el hombre blanco si este último baja la guardia, lo cual podría llevarlo a vagar en un laberinto igual de vasto y temido como el continente mismo. En este sentido, las mujeres eran una promesa sexual que inspiraba un desprecio infinito [Kabbabni, 1986:59].

La temática de la mujer nativa como amenaza está particularmente omnipresente en la obra de Rudyard Kipling en donde las mujeres Hindúes juegan un papel principal en los cuentos que pretenden advertir a los lectores blancos del peligro que está muy cerca. John McBratney argumentó que las mujeres nativas de Kipling tienen tres funciones principales. Primero, las mujeres de la India presentan la posibilidad de un mestizaje peligroso. Segundo, estas mujeres marcan los límites epistemológicos de la tendencia colonialista. Tercero, son una personificación viva de la "Otredad" del subcontinente Indio. El primer punto refiere a los peligros del matrimonio interracial. La mujer Hindú tenía en sus manos el más poderoso reto para la autoridad imperial británica que es el niño euroasiático. En el momento que ella decide tener un hijo con un hombre blanco se peligra el código genético que asegura la pureza de la raza anglosajona. No es ninguna casualidad que ni en una sola historia de amor interracial ni en la

literatura de Kipling, el recién nacido permanezca vivo [McBratney, 2004:49-51]. Sin embargo, no todos los autores colonialistas han condenado la progenie mestiza nacida de la ficción narrativa a una muerte "segura" y "limpia". Hay otros que les han permitido a estos niños "raros" vivir pero sólo para personificar la bajeza, la maldad, el engaño y la traición. En lo físico y en lo espiritual estos infantes heredan los rasgos más repugnantes de sus padres [Busia, 1986:367]. Por decirlo así, el matrimonio interracial es un pecado grave, y los participantes han de sufrir los castigos correspondientes. También los niños nacidos de estos matrimonios, aunque no tienen responsabilidad alguna de lo que ha pasado antes de su llegada al mundo, han de pagar esta trasgresión también muchas veces con su propia vida.

Naturalmente, el interés en el matrimonio interracial es un tema que ha obsesionado a la literatura colonialista. Sin embargo, existen diferencias entre los tratamientos que les den los escritores alemanes, franceses e ingleses al tema [Ridley, 1983; cap. 4]. Estas diferencias no solamente tienen que ver con la nacionalidad de los autores sino con su posición social, además de las condiciones políticas dentro de una colonia en particular. Las autoridades británicas, por ejemplo, trataban a los soldados de una manera muy distinta del trato que daban a los empleados de la administración colonial. Las autoridades facilitaban el contacto sexual de los militares con las mujeres nativas mientras se oponían enérgicamente a la posibilidad de que hombres de la administración mantengan este tipo de relaciones. Ballhatchet interpreta esta actitud como un celo excesivo para salvaguardar las estructuras del poder colonialista. En el primer caso había que preservar el impulso masculino sexual de los soldados y alentarlos a que siguieran activos. En el segundo caso, era más primordial guardar la distancia entre la élite gobernante y los nativos. Así, los euroasiáticos fueron vistos con desdeño y preocupación por ser considerados como el puente que amenaza con disminuir las diferencias entre la raza gobernante y el pueblo nativo [Ballhatchet, 1980:164]. De modo semejante, se toleraban los contactos sexuales entre los hombres británicos y las prostitutas nativas especialmente en África porque no representaba ninguna amenaza para el sistema social. Y como dice Busia, existía un acuerdo implícito que dictaba lo siguiente "si quieres acostarte con una mujer negra, puedes hacerlo, siempre y cuando sea ella una prostituta, y que no pretendas traerla al club, ni esparzas la enfermedad que seguramente te contagiará ella" [Busia, 1986:367].

Este último punto sobre la prostitución y las enfermedades de transmisión sexual fue de importancia excepcional en el discurso colonial. Se desató un debate triangular a lo largo del siglo diecinueve en la India entre la administración colonial que presionaba para limitar los gastos públicos, la autoridad militar que quería ver por la salud de sus hombres permitiéndoles satisfacer sus necesidades naturales y finalmente los religiosos que no querían tolerar la inmersión en el pecado. El debate cubrió espacios como los hospitales que atendían tales enfermedades, los prostíbulos conocidos como "lal bazaar", es decir el bazar rojo, llamado así por los colores oficiales de los vestidos de los militares británicos y también el sistema legal, la legislación sobre las enfermedades sexuales y otras políticas que han tenido un éxito variable en ejercer un control sobre las relaciones sexuales entre colonizados y colonizadores. La persistencia de estas polémicas es mejor representada en el hecho que en los debates del cuerpo legislativo del gobernador general, en 1895, el Sir Grifith Evans describió las enfermedades de transmisión sexual como un tema de "interés nacional" argumentando que "la enfermedad está atacando la vitalidad de la raza" [Ballhatchet, 1980:86].

En este contexto, las advertencias de Kipling a los blancos para que no salgan "fuera de la empalizada", generan varios niveles de significado. Su cuento, *Beyond the Pale*, empieza con la siguiente oración: "Pase lo que pase, el hombre debe de mantenerse adherido a su clase social, su raza y su descendencia. Dejen que el blanco se vaya por la blanca y el negro por la negra" [Kipling, 1899; Nueva edición, 1999:189]. Y como es de esperar, el autor presenta un relato trágico sobre el pecado y el castigo. En un plano axiológico, el matrimonio interracial toma el lugar más bajo en la escala metafórica de los valores de las conductas sociales. La unión del factor sexual y racial convirtió este tipo de matrimonios en una suerte de tabú absoluto, el mayor de los pecados. Por representar una frontera que separa la raza gobernante de los nativos, la sexualidad adquirió un sentido metafórico y simbólico profundo.

De hecho, la segunda tesis de McBratney, es decir la tesis de las limitaciones epistemológicas, se refiere al rol simbólico de la mujer india como una frontera que el funcionario británico no debe cruzar. Ella tantea y concentra en sus manos a lo que Kipling llama las "fuerzas de la oscuridad", este peligro generalizado que pone en riesgo la compostura del imperio británico [McBratney, 1988:50]. Las mujeres indígenas atraían y se negaban. Sus cuerpos eran una fuente de la infatuación y el miedo y su

exclusión invitaba el deseo del pecado. Su mera existencia era una alarma inequívoca sobre la caída terrible y oscura que queda más allá, una caída en todo el sentido de la palabra. Lewis Wurgaft sostiene que los espacios de las mujeres indias con sus puertas cerradas simbolizaban la barrera edificada entre la sociedad angloindia y los secretos confusos de la vida nativa. Pero si estas puertas son una muestra pequeña de la brecha que existía entre los británicos y sus sujetos indios, la mujer india en sí personificaba lo que es desconocido y misterioso en la vida del pueblo indio. Para los hombres británicos crecidos y educados en una cultura masculina, este misterio era una tentación emocional muy cargada para su poder. Experimentaban las angustias de que una posible rendición ante estas tentaciones les puede llevar a una destrucción segura. De modo que Wurgaft afirma que no era posible que los británicos se sintieran tranquilos y seguros de su poder en la India hasta que un día lograran ver a las mujeres indias [Wurgraft, 1983:51-3]. Sin embargo, este día no llegó nunca. Y curiosamente, de una manera análoga, se dirigió una energía discursiva impresionante desde la óptica de las ciencias de la autopsia para revelar los "secretos" del cuerpo femenino. En un estudio cautivante, Londa Scheibinger revela que desde el inicio del siglo diecinueve los científicos y médicos que practicaban la autopsia llegaron a la convicción de que las diferencias que existen entre los cuerpos masculinos y femeninos se deben a que el desarrollo del cuerpo femenino se paró en un momento dado de la evolución, mientras que el cuerpo masculino siguió evolucionando. Por lo tanto los cuerpos femeninos fueron relegados a la misma categoría de los cuerpos de las razas "primitivas" de color y los niños [Schiebinger, 1989:63]. Naturalmente, las mujeres indígenas fueron rebajadas muchas veces más "por no ser blancas y por no ser hombres" [Kabbani, 1986:7]. Existió como una escala ficticia en donde los blancos se quedaban arriba, y sobre todo un Dios blanco que es la cabeza de la pirámide y en tanto va descendiendo la escala, las personas se hacen más morenas y carentes de calidad moral alguna. En un sentido literal, las razas morenas y "primitivas" compartían muchos rasgos de los animales en esta construcción lingüística. En este contexto, una sexualidad libertina y animal era la característica más sobresaliente de la mujer india en el discurso colonial. También la sexualidad en África fue imaginada desde la óptica de la perversidad porque se suponía que las mujeres africanas mantenían relaciones sexuales con los monos [Arnfred, 2004:239]. De modo que en cuanto más morena fuera la mujer, se consideraba más animal y más sexual. Esta tendencia va de un modo paralelo a lo que Foucault describió como la histerización de los cuerpos femeninos en el discurso de la medicina patológica en Europa, en donde el cuerpo de la mujer fue analizado como algo completamente saturado con la sexualidad [Foucault, 1980:104].

La tercera tesis de las representaciones de Kipling surge de la relación de la mujer india con las fuerzas existentes en su país. La mujer era vista como una metáfora, una expresión o aún un instrumento directo de las fuerzas de su tierra. Ella era la "Otra", la bandera del "Otro", o como sostiene McBartney el "signo" de lo que es diferente para los británicos, lo que es de menos categoría y a la vez amenazante.

Consideremos como un ejemplo el caso de *Kim*, la conocida novela de Kipling. Es una novela completamente varonil, con dos figuras masculinas como los ejes de la acción narrativa. Los dos personajes son Kimball O'Hara el encantador huérfano, de padres blancos y su carismático guía espiritual, un monje tibetano. Por un lado, Kim está comprometido con el servicio secreto británico a descubrir los detalles de un plan secreto de los rusos para intervenir e impedirlo a tiempo. Por otro lado, el Lama budista está buscando un río donde se cree que se pueden lavar los pecados. Los dos están rodeados con un grupo de hombres que también protagonizan la novela. Por mencionar solamente algunos, podemos contar al coronel Creighton, el padre Víctor, Mahbub Ali y Lurgan Sahib. Todos estos hombres hablan el lenguaje de los hombres o por decirlo así el único lenguaje que para ellos podrá tener sentido, el lenguaje del imperio. Said observa con perspicacia que una comparación muestra que "las mujeres de la novela son escasas, todas de un modo u otro, están por debajo de los hombres o no merecen su atención: prostitutas, viudas mayores, o mujeres lujuriosas e impertinentes como la viuda de Shamlegh" [Said, 1993:136, 37]. La presencia de las mujeres es prácticamente un estorbo para el "Gran Juego" del colonialismo, de modo que el proyecto imperial tendrá más éxito si es una cosa entre hombres. Said destaca la genealogía de la relación "casi idílica" entre Kim y el lama tibetano y la relaciona con las especulaciones acerca de los motivos homosexuales ocultos en estas relaciones además de los motivos culturales asociados con los relatos picarescos. Menciona a obras como Huckleberry Finn, Moby Dick y The Deerslayer pero también a personajes como Don Quijote y Sancho Panza [Said, 1993:138]. Sin embargo, a pesar de que el rechazo que sentía Kipling por las mujeres se extendía a las mujeres inglesas, quienes según él tienden a domesticar a los hombres y desgastan las energías mas-

culinas que deben ser dedicadas a los asuntos militares y de gobierno, el hecho de que estas mujeres comparten la misma identidad nacional y racial con los hombres británicos les otorgaba una posición superior a las mujeres autóctonas. A fin de cuentas, las mujeres indias representaban la amenaza más odiosa para el trío unido con una actitud homosexual solidaria del oficial, etnólogo y agente secreto en Kipling.

Esta visión paranoica de las mujeres indias como espías de unas fuerzas oscurantistas y enemigas, no era un monopolio de la imaginación literaria creativa de Kipling. La aparente sumisión de la mujer ante los hombres en la India y en las otras colonias provocaba sospechas y dudas en los empleados de la administración colonial por miedo a que las mujeres utilizaran sus encantos y atractivos para fortalecer la posición o favorecer los intereses de los miembros varones de sus familias. Las mujeres Burmesas, por ejemplo, fueron consideradas atractivas, liberales, y dispuestas a recrear a los funcionarios ingleses que cargaban con los deberes imperiales en ultramar. Sin embargo, Ballhatchet afirma que estas mismas mujeres fueron consideradas a la vez muy peligrosas debido a la estructura social particular de Burma. Los funcionarios coloniales creían que las redes del poder local podrían beneficiarse de las relaciones que establezcan las mujeres nativas con los hombres británicos [Ballhatchet, 1980: 45-55].

Muchos ejemplos más tanto de la literatura europea como del discurso político imperial nos pueden servir como representaciones de la mujer amenazante, la "Otra". En Jane Eyre [1847] la novela de Charlotte Bronte encontramos a Bertha Mason la primera esposa de Rochester. Rochester reconoce que su matrimonio con ella fue arreglado por su padre y hermano con la esperanza de heredar una fortuna. Bertha Mason, Jamaiquina por nacimiento, criolla, exótica, enloquecida y descendiente de una familia de idiotas y maniáticos desde tres generaciones atrás, es una encarnación fea de la rebeldía femenina y de una sexualidad disparatada que confunde las fronteras entre lo humano y lo animal [Spivak, 1985:256].

En She [1877] la novela de Henry Rider Haggard, la protagonista principal, Ayesha, es una eterna sacerdotisa persa que controla salvajemente a los caníbales brutales en el corazón de África en espera de la reencarnación de su amante quien va a regresar en la forma de un hombre inglés, decente y educado en Cambridge. Ella es implacable en su exigencia de ser obedecida. Su reinado lleva dos mil años continuos en una cuidad encantada y perdida en lo más profundo del laberinto africano. Tiene la sabiduría oculta de Isis, la juventud eterna y la belleza de Afrodita y un apetito violento para el amor y el poder como Cleopatra. También en The Beetle [1897], la novela de Richard Marsh, hay una sacerdotisa egipcia agresiva y temible, con una mentalidad "oriental" extraña e imposible de entender. Es una mujer voraz que castra al hombre blanco que desea. Su figura fantástica dotada de poderes hipnóticos y supernaturales es ni nacida de un dios ni de un humano y lo que busca es vengarse de los ingleses por haber profanado una tumba sagrada en Egipto. Sin duda alguna, estas novelas pertenecen al género de los cuentos de terror que eran bastante populares en el siglo diecinueve. Creemos que los primeras síntomas de la crisis del imperialismo inglés empiezan a ser identificadas en estos textos como un deseo condicionado por un placer sadomasoquista. ♦

Bibliografía

Arnfred, S. (2004). *Re-thinking sexualities in Africa*. Publisher: Nordiska Afrikainstitutet.

Ballhatchet, K. (1980). *Race, sex, and class under the Raj: Imperial attitudes and policies and their critics, 1793-1905*. Publisher: Weidenfeld and Nicolson.

Busia, Abena P. A. (1986). "Miscegenation as Metonymy: Sexuality and Power in the Colonial Novel", Ethnic and Racial Studies, 9, No. 3 pp.360-72.

Carr, H. (1985). "Woman/Indian: 'The American' and His Others." In Francis Barker, Peter Hulme, Margaret Iverson, and Diana Loxley, eds. *Europe and Its Others: Proceedings of the Essex Conference on the Sociology of Literature*, vol. 2, Colchester: University of Essex, pp. 46-60.

Foucault, M. (1980). *The history of sexuality, V. I: An introduction*, translated by Robert Hurley, New York: Vintage/Random House.

Hulme, P. (1985). *Colonial encounters: Europe and the native caribbean, 1492-1797*. Publisher: Routledge.

Kabbani, R. (1986). *Europe's myths of orient*. Publisher: Indiana Univ. Pr.

Kipling, R. (1992). *Kim*. Penguin Classics, Publisher: Penguin Books; Reissue edition.

— (1999). *The man who would be king, and other stories*. Oxford World's Classics, New Ed edition, Publisher: Oxford University Press.

McBratney, J. (2004). *Imperial subjects, imperial space: Rudyard Kipling's fiction of the native-born*. Publisher: Ohio State University Press.

Ridley, H. (1983). *Images of imperial rule*. Publisher: Palgrave Macmillan.

Said, E. (1993). *Culture and imperialism*. New York: Vintage/Random House.

Scheibinger, L. (1989). *The mind has no sex?* Harvard University Press.

Spivak, Gayatri Chakravorty (1985). "Three women's texts and a critique of imperialism." Critical Inquiry 12 pp. 243-259.

Wurgaft, L. (1983). *The imperial imagination: magic and myth in Kipling's India*, Middletown: Wesleyan Univ. Pr.